

La construcción del desarrollo como categoría colonial

JAIME ORNELAS DELGADO*

RESUMEN

El desarrollo, categoría utilizada para expresar el crecimiento, surge durante la “guerra fría”. Propuesta por teóricos metropolitanos, se asume en América Latina como parte de los instrumentos para lograr el crecimiento económico en el capitalismo y generar una alternativa al socialismo. Si bien el desarrollo mantuvo su vigencia desde las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con el neoliberalismo fue retirado de la agenda nacional e internacional. Al iniciarse el siglo XXI, el fracaso de la economía de mercado autorregulado lo ha traído de nuevo a los debates que buscan construir caminos distintos al neoliberal. Esto obliga a revisar críticamente el desarrollo, y a la categoría misma, para mostrar su carácter colonial, si se pretenden superar los problemas que han hecho de Latinoamérica una de las regiones más desiguales del mundo.

Palabras clave: desarrollo, subdesarrollo, modernidad, colonialidad, colonia.

ABSTRACT

Construction of Development as a Colonial Category

The development, a category used to express growth, arises during the “cold war”. Proposed by metropolitan theorists, it is assumed in Latin America as part of the tools to achieve the economic growth in capitalism and as an alternative to socialism. Although the development supported its validity in three decades later to the Second World War, with neoliberalism it was left behind of the national and international agenda. At the beginning of the XXI century, the failure of the self-regulating market economy has brought it back again to debates that seek to build different paths besides neoliberalism. This requires a critical review to development and the category itself, to show its colonial spirit, if we are to overcome the problems that have made of Latin America one of the most unequal regions in the world.

Keywords: development, underdevelopment, modernity, colonialism, colony.

* Profesor-investigador del Centro de Estudios para el Desarrollo Económico y Social (CEDES) de la Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La descolonización realmente es creación de hombres nuevos.
Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna
potencia sobrenatural: la 'cosa' colonizada se convierte en
hombre en el proceso mismo por el cual se libera
Frantz Fanon. *Los condenados de la Tierra*.

INTRODUCCIÓN

El conocimiento social en América Latina se ha producido siempre en el ámbito del conflicto político. De ahí que haya estado marcado por la necesidad de pensar, comprender y explicar cómo han transcurrido, cómo transcurren y cómo pueden transcurrir los procesos históricos de transformación social en la región.

El desarrollo, como categoría empleada para expresar y medir el crecimiento de la economía, no es la excepción en tanto surge en el contexto de la Guerra fría y, aunque fue propuesto en sus inicios por los teóricos de los países metropolitanos, adquirió carta de naturalización en América Latina como uno de los instrumentos diseñados para hacer crecer la economía capitalista y ofrecer una alternativa al socialismo.

Desde su aparición, el contenido del desarrollo suscitó un intenso debate, pues su conceptualización mostraba ciertas limitaciones, de las que resaltan dos: no considerar las condiciones históricas de los países subdesarrollados y entenderlo sólo como crecimiento del producto interno bruto *per cápita* (PIB_{pc}), manteniendo las estructuras de exclusión y desigualdad social características del capitalismo.

Si bien el desarrollo identificado con el crecimiento mantuvo su vigencia en las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, hacia los finales de los años setenta, con el advenimiento del neoliberalismo, el tema del desarrollo fue retirado de la agenda de los gobiernos nacionales y de los organismos internacionales para ser reemplazado por las que traía consigo la inserción de la economía en la globalización. Aníbal Quijano documenta como, en ese momento, el desarrollo:

Parecía no sólo desprestigiado y en desuso, sino enterrado entre los escombros de esperanzas frustradas y de batallas perdidas y bajo un densa pila de textos dedicados, unos, a testimoniar el desencanto y a la desmitificación del “discurso del desarrollo”, y otros a convencernos de que fuera de la ganancia y del mercado todo es ilusión (Quijano, 2000:38).

En abril de 2002, Paul Krugman, Premio Nobel de Economía en 2008, dio los responsos al desarrollo en una conferencia dictada en el Banco Mundial. Con toda solemnidad y no sin cierto dejo de ironía, Krugman afirmó “que la teoría del desarrollo ya no existe, que ha muerto abandonada en el desván de los trastos viejos, frente a una profesión [la de economista] que se ha volcado al formalismo matemático y al equilibrio general” (Katz, 2008:7).

No obstante, al comienzo del siglo *xxi*, el evidente fracaso en América Latina de la economía basada en el mercado autorregulado ha traído los problemas del desarrollo nuevamente a la agenda nacional e internacional, aunque ahora se rechaza la posibilidad de crecer mediante el patrón seguido por los países hoy desarrollados y se pone en duda si reducirlo al crecimiento del PIB_{pc} sea suficiente para superar los problemas de pobreza, desigualdad y exclusión que padecen los pueblos latinoamericanos, así como la dependencia de sus economías.

Esto significa la necesidad de abordar los problemas involucrados en el desarrollo, aun reflexionar sobre la categoría misma de manera crítica. Con tal propósito es indispensable el análisis y exposición, así sea de manera breve, de las condiciones históricas de su aparición como propuesta de diversas corrientes metropolitanas de pensamiento económico. Se trata, en última instancia, de ejercer la crítica del proceso de desarrollo desde la economía política, contribuir a la construcción de una visión distinta a la hegemónica y superar el presente neoliberal que tantas calamidades ha traído a nuestras naciones.¹

1. Entre las consecuencias económicas y sociales provocadas por el neoliberalismo en América Latina, podemos mencionar que el PIB *per cápita*

1. EL DESARROLLO UNA CATEGORÍA COLONIAL

La Segunda Guerra Mundial permitió a Estados Unidos emerger como la potencia hegemónica del capitalismo, permanentemente confrontada con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que agrupaba, en el otro polo, a los países socialistas de Europa. En el marco de este conflicto surgió el desarrollo como una propuesta de los estadounidenses para los países latinoamericanos, africanos y asiáticos para lograr su crecimiento, siguiendo el patrón observado por los propios estadounidenses y poniendo como muestra el Plan Marshall —encaminado a impulsar la reconstrucción de la Europa devastada, y más tarde, con los mismos propósitos propagandísticos y económicos, para imponer la Alianza para el Progreso en América Latina.

La reorganización del capitalismo a partir de la reunión de Bretton Woods (1944) proponía a las naciones subdesarrolladas concentrarse en la realización de los esfuerzos necesarios para crecer y alcanzar las formas de vida y organización económica de los países desarrollados, formas entendidas como la única opción posible al subdesarrollo, identificado por las marcadas diferencias de sus indicadores cuantitativos respecto a los elaborados y utilizados en los países centrales para medir su propio desarrollo. De esta manera, los registros cuantitativos de las naciones desarrolladas se convirtieron en la medida de lo bueno y lo malo, esto es, del desarrollo y el subdesarrollo.

únicamente creció 1.1% en promedio anual entre 1990 y 2005, tasa bajísima que, con la década perdida de 1980, acumula más de un cuarto de siglo de estancamiento económico. En materia social, la población latinoamericana en condiciones de pobreza creció continuamente, durante la etapa en que predominaron los gobiernos neoliberales, de 136 millones (40.5% de la población total de la región) en 1980 a 221 millones (44%) en 2002; sólo a partir de ese año la población en situación de pobreza empezó a disminuir en términos absolutos y relativos de 217 millones de personas (42% de la población total) en 2004 a 209 millones (39.8%) en 2005 (CEPAL, 2007). Sin embargo, por efecto de la crisis, la CEPAL proyectó que, de 2008 a 2009, la pobreza en la población total aumentaría de 33% a 34.1% y la indigencia de 12.9% a 13.7%: “Esto se traduciría en nueve millones más de personas en situación de pobreza en 2009, lo que incluye un aumento de cinco millones de personas en situación de indigencia” (CEPAL, 2010:20).

Quienes analizaban el subdesarrollo como etapa inferior del desarrollo y concluían proponiendo —desde los países centrales— su propio camino para dejarlo atrás, afirmaban que si los mayores niveles de crecimiento económico y las mejores formas de vida se concentraban en Estados Unidos y Canadá, así como en las naciones de Europa occidental, se debía a que su cultura era superior en todos sentidos a la de los países subdesarrollados. En consecuencia, mientras la cultura occidental representaba el desarrollo, el resto del mundo representaba el subdesarrollado.

Desde entonces se comenzó a entender que el crecimiento económico, es decir, el desarrollo, dependía en mucho de las actitudes asumidas por la sociedad ante “el trabajo, la riqueza, el ahorro, la procreación, la invención, los extranjeros, la aventura, etcétera”, actitudes todas provenientes de fuentes profundas en la mente humana que convenía revisar (Lewis, 1955:14). En otras palabras, el subdesarrollo era una actitud mental negativa asumida por la población frente a factores que, en Estados Unidos o Europa, habían sido detonantes del desarrollo; por lo tanto, el desarrollo comenzaba modificando dichas actitudes.

Buena parte de los estudios sobre el subdesarrollo tenían como propósito explicar las razones por las cuales esas actitudes inhibitorias del desarrollo variaban de un país a otro; concluían que la incompatibilidad entre las naciones dependía de las “diferencias de ambiente natural, clima, raza” o de la ausencia de tecnología, instituciones y organización que alentaran el desarrollo. A todo ello, se sumaba la falta de recursos tecnológicos y de capital que determinaban una baja productividad y un reducido PIB_{pc}.

Al respecto, a mediados de la década de 1950, Arthur Lewis escribía:

Un país puede ser subdesarrollado en el sentido de que su tecnología es atrasada, cuando se la compara con la de otros países, o en el sentido de que sus instituciones son relativamente desfavorables a la inversión, o en el sentido de que sus recursos de capital por habitante sean escasos si se comparan, digamos, con los de los países de Europa Occidental, o en el sentido de que

la producción por habitante es baja, o de que tiene valiosos recursos naturales (minerales, agua, suelo) que no ha comenzado a utilizar (Lewis, 1955:20).

Las conclusiones de los análisis realizados por los teóricos de los países metropolitanos eran contundentes. Las estadísticas mostraban las diferencias cuantitativas entre el subdesarrollo y el desarrollo. En el primero se carece de los niveles de ahorro prevalecientes en las naciones desarrolladas; el excedente económico era dilapidado en gastos suntuarios, lo que impedía su uso productivo y el aprovechamiento de los recursos naturales disponibles; la escolaridad es muy baja —comparada con la prevaleciente en las naciones desarrolladas—, lo cual determina la mentalidad precientífica de la población y el predominio de “una actitud prenewtoniana en relación con el mundo físico” (Rostow, 1960: 16), y se desconocen las ventajas de las aplicaciones tecnológicas al proceso productivo; las ciudades carecen del orden y el esplendor de las metrópolis que se convertían en ejemplo a seguir; la corrupción, que se decía inexistente en los países del centro, era un cáncer en la periferia; finalmente, mientras las sociedades desarrolladas creaban instituciones promotoras del crecimiento de la productividad y la economía, los países subdesarrollados tenían y creaban instituciones que se convertían en un obstáculo más al desarrollo. Incluso, se elaboraron “teorías científicas” que mostraban que en las diferencias entre los países desarrollados y los subdesarrollados las cuestiones biológicas influían de manera decisiva.

Frantz Fanon, para ejemplificar este tipo de formulaciones “científicas” colonialistas, refiere las difundidas por A. Poroto y R. Carothers, expertos de la Organización Mundial de la Salud, respecto a los argelinos, de quienes se afirmaba eran criminales natos, hipótesis para la cual se elaboró una teoría y se aportaron “pruebas científicas” que demostraban de manera “contundente e irrefutable” que “el argelino es un gran débil mental” que mata “frecuentemente, salvajemente y por nada” (Fanon, 1961:274-275).

La explicación “científica” de la criminalidad de los argelinos, que se hacía extensiva a todos los africanos, alcanzaba su cúspide en la siguiente conclusión del mencionado profesor Carothers:

El argelino no tiene corteza cerebral o, para ser más precisos, en él predomina, como en los vertebrados inferiores, el diencéfalo. Las funciones corticales, si existen, son muy frágiles, prácticamente no integradas a la dinámica de la existencia [...] El africano utiliza muy poco sus lóbulos frontales (Fanon 1961:279).²

Fanon concluye, respecto a la inferioridad biológica de los colonizados, que:

“No hay, pues, ni misterio ni paradoja. La eficiencia del colonizador para confiar una responsabilidad al indígena no es racismo ni paternalismo, sino simplemente una apreciación científica de las posibilidades biológicamente limitadas del colonizado” (Fanon 1961:279).

No hay inferioridad ni exclusión, sino inferioridad y salvajismo, que sólo la cruzada civilizatoria occidental resolvería.

2. CUANDO LA MODERNIDAD NOS ALCANZÓ

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, tres factores permitieron impulsar la idea del desarrollo como modernización en América Latina: el surgimiento de Estados Unidos como potencia capitalista hegemónica; la descolonización, producto de la desintegración de los imperios coloniales europeos, y la formación del

2. Fanon, al respecto, escribe: “Para darse a entender, el doctor Carothers establece una comparación muy viva. Así advierte que el africano normal es un *européo lobotomizado*. Es sabido que la escuela anglosajona había creído encontrar una terapéutica radical de ciertas formas de enfermedades mentales practicando la exclusión de una parte importante del cerebro. Los grandes trastornos de la personalidad comprobados han conducido después a abandonar este método. Según el doctor Carothers, la similitud existente entre el indígena africano normal y el lobotomizado europeo es notable” (Fanon, 1961: 280).

bloque socialista, convertido en polo de atracción para los movimientos sociales Latinoamericanos y de muchos otros países que, durante el proceso de descolonización, alcanzaban su independencia política en África y Asia.

Los teóricos metropolitanos de esa época sostenían que las sociedades modernas eran más productivas. En ellas la educación tenía mayor calidad y los necesitados recibían más beneficios que en las sociedades tradicionales (Reyes, 2002:47). En consecuencia, se convocaba a la homogeneización para hacer que los países se parecieran cada vez más, pues se generalizaba la idea de que las naciones de Europa occidental y los Estados Unidos poseían una prosperidad económica y una estabilidad política imitables.

Por otro lado, la modernización se concibe como un proceso de transformación, unívoco, irreversible y de largo plazo; por lo tanto, “para que una sociedad alcance la modernidad, sus estructuras y valores deben ser reemplazados por valores modernos consistentes” (Reyes, 2002:50).

En todo caso, las naciones desarrolladas, a través de sus “teóricos” y “científicos”, convocaban a los países subdesarrollados a imitarlos, a vencer prejuicios y superar sus culturas primitivas, su civilización tradicional y atrasada, y a seguir los mismos caminos que las sociedades occidentales. Los economistas neoclásicos y keynesianos procuraron ofrecer el instrumental que les facilitaría cómo hacer las cosas.

Los indicadores construidos para mostrar el nivel de desarrollo y el bienestar alcanzado por los países centrales desconocían la diversidad y pretendían homogeneizarla caracterizando el subdesarrollo como un conjunto de índices cuantitativos no distintos, sino inferiores o negativos a los superiores y positivos del mundo occidental, que comenzó a ser designado como “Primer Mundo”. De la comparación de esos indicadores, se concluía que el subdesarrollo era simplemente una etapa inferior del desarrollo por la que todos los países de diferentes culturas han pasado, etapa que sólo podía ser superada si la sociedad “tradicional” y subdesarrollada era capaz de asumir los valores de la cultura cristiano-occidental.

Al respecto, dice Samuel Huntington:

El mundo es en cierto modo dos, pero la distinción principal es lo que se hace entre Occidente como civilización dominante hasta ahora y todas las demás, que, sin embargo, tienen poco en común entre ellos por decir nada. El mundo, dicho brevemente, se divide en un mundo occidental y muchos no occidentales (Huntington, 1995:43).

Por su parte, con ese mismo enfoque, Gunnar Myrdal planteaba a las naciones de la periferia superar la idea de ser “economías atrasadas” —concepción “completamente estática”— para sustituirla por el desarrollo, que proponía entender “como una teoría dinámica para impulsar y sostener el progreso económico y hacer buenos los supuestos de la democracia social” (Myrdal, 1957:136-137).

En todo caso, el problema de las naciones no occidentales es superar el subdesarrollo y la única solución es ser lo más parecidas a Occidente, tanto económica como social y políticamente, o para decirlo llanamente: crecer por la vía capitalista.

Sería Harry S. Truman, presidente de Estados Unidos de 1945 a 1952, quien —apoyado por el Banco Mundial, surgido de los acuerdos de Bretton Woods— “dividiría al mundo en dos partes: las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas” (Sachs, 2001: 14), caracterizadas estas últimas: “Por tener una renta per cápita por debajo de 100 dólares y estar sin capital, sin escolaridad, sin conocimiento, sin tecnología, sin urbanización”. De tal forma, el análisis de América Latina se hizo no por lo que era sino por lo que no era, de la misma manera que las naciones caracterizadas como desarrolladas, es decir, por aquellas que “disponían del capital, el conocimiento, de la tecnología, del ideal urbano al que habíamos de convertirnos” (Goncalves, 2009:45).

Así, desde el poder imperial se sugería que —de grado o por fuerza, ¿por qué no?— las naciones subdesarrolladas deberían seguir el modelo de desarrollo de las primeras. Asimismo, se determinaba el grado de subdesarrollo de las naciones periféricas

cuantificando los déficits existentes en los países de la periferia respecto de los indicadores elaborados y utilizados por las naciones europeas y estadounidenses para medir su propio desarrollo.

Ante esta situación, la alternativa propuesta por W. W. Rostow era comprender el subdesarrollo como las dos etapas iniciales —la sociedad tradicional y la de las precondiciones para el despegue— desde las cuales todas las sociedades hoy desarrolladas habían iniciado su propio crecimiento.³ Entonces, desde esas dos primeras etapas, había que iniciar una tercera, la del despegue, para luego alcanzar la madurez y llegar, finalmente, a la etapa del consumo masivo, paraíso ofrecido por el capitalismo ante su impotencia de ofrecer algo más.

En síntesis, la propuesta de Rostow recoge en un modelo político los postulados principales de las teorías metropolitanas, que pueden enunciarse de la siguiente manera: a) el subdesarrollo es un estadio, o etapa de tránsito, por la que atraviesan todos los países en un momento de su historia; b) el subdesarrollo consiste esencialmente en la carencia absoluta de recursos, sobre todo de ahorro, inversión, tecnología y organización; c) dadas sus carencias, el subdesarrollo está determinado por un largo proceso de acumulación durante las dos etapas que preceden al despegue; y d) el elevado peso de las actividades primarias y los bajos coeficientes del producto nacional por habitante son otras de las peculiaridades más señaladas del subdesarrollo.

La parte esencial del modelo de Rostow radica en su definición del desarrollo como el simple efecto de procesos naturales y de políticas convencionales “que tienden a elevar los niveles de ahorro, inversión y productividad y producto por habitante” sin cambios

3. En 1960, W. W. Rostow publica un libro que desde el título expresa su intención: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*. (“*The Stages of Economic Growth: A non-communist manifesto*”). Según Rostow, la transición del subdesarrollo al desarrollo puede describirse a través de una serie de etapas que todos los países han atravesado, o deben atravesar, y cuyo punto de partida es la existencia de una *sociedad tradicional*, seguida de una segunda que Rostow denomina la de “las precondiciones para el despegue”, la tercera es la del despegue, la cuarta de madurez y la quinta del consumo masivo (Rostow, 1960:16 y ss.),

profundos en la estructura económica y sin alterar las relaciones de dominación y dependencia, lo que termina por reforzar las condiciones estructurales del subdesarrollo (García, 1978:218).

En esta visión, el desarrollo es formalmente unidireccional e irreversible y consiste en el tránsito de una etapa a otra. Ahora bien, como el obstáculo para lograr ese tránsito es la escasez absoluta de ahorro y de tecnología, el problema puede resolverse, de acuerdo con Rostow, mediante un proceso operacional consistente en una elevación sostenida de los niveles y tasas de ahorro e inversión mediante la transferencia de recursos de ahorro, tecnología y organización desde las naciones metropolitanas hacia los países subdesarrollados. Así: “Rostow ha encontrado una posible solución para promover la modernización en los países del Tercer Mundo”. Si el problema que enfrentan estos países es la falta de inversiones productivas, entonces la solución está en que “se les provea de ayuda en forma de capital, tecnología y experiencia” (Reyes, 2002:48). Esa “ayuda” —por supuesto proclamada como “desinteresada— habría de provenir de los países desarrollados; en América Latina prácticamente adquirió la forma de la Alianza para el Progreso, estrategia impulsada por el presidente estadounidense John F. Kennedy.

En consecuencia, desde la óptica de Rostow, recogida por buena parte de los economistas neoclásicos, el papel básico en el despegue de los países subdesarrollados le corresponde desempeñarlo a las naciones metropolitanas, operando por medio de la inversión directa, los préstamos públicos, las transferencias de tecnología (patentes y marcas, asistencia técnica, investigación científica y tecnológica) y de modelos modernos y eficientes de organización. En estos términos, el desarrollo dependerá siempre de la voluntad de la nación metropolitana para transferir recursos en la magnitud que requiere la economía subdesarrollada (García, 1978:223).

En la perspectiva de la modernización, se asume que los países subdesarrollados son tradicionales; y los occidentales, modernos. De tal forma, para alcanzar el desarrollo, los países pobres, habrán de asumir los valores modernos de la cultura Occidental,

es decir, habrán de abandonar sus orígenes y actuar reafirmando la voluntad de dejar de ser lo que son para convertirse en naciones que asumen la racionalidad de la cultura capitalista occidental e iniciar, por ende, su historia. Entendido así el mundo, el desarrollo termina por concebirse como una especie de cruzada civilizatoria que enfrenta a la barbarie representada por las culturas ajenas a la occidental, condición que impedía su desarrollo.⁴ En cambio: “La expansión de Occidente ha promovido tanto la modernización como la occidentalización de las sociedades no occidentales” (Huntington, 1995:92).

Y no sólo eso, el desarrollo tal y como se ha propuesto desde Occidente, marcado por su obsesión de crecimiento no sólo tenía la intención de evitar que los pueblos periféricos cayeran o permanecieran bajo los influjos de culturas ajenas y atrasadas, sino que también con él se podría frenar el avance del tan temido comunismo.

En 1961, en plena Guerra fría, John F. Kennedy, entonces presidente de Estados Unidos, revelaría el significado colonial real de su política de “ayuda para el desarrollo”. Kennedy dijo: “La ayuda exterior es un método por el cual los Estados Unidos mantienen una posición de influencia y control en el mundo y sostiene a bastantes países que sin ella se habrían hundido definitivamente o pasado a formar parte del bloque comunista” (Hayter, 1972:13). Esa fue la impronta de la relación sostenida por los gobiernos estadounidenses con América Latina a lo largo de toda la segunda parte del siglo xx.

Particularmente, cuando la región se hizo objeto de estudio de los teóricos metropolitanos, los análisis más que atender a las peculiaridades de la región, enfatizaban aquello que no era igual a las naciones desarrolladas. Exponían las distintas formas de resis-

4. De acuerdo con Samuel Huntington (1995:47-48): “la idea de civilización fue elaborada por pensadores franceses del siglo xviii como opuesta al concepto de ‘barbarie’. Una sociedad civilizada difería de una sociedad primitiva en que era urbana, alfabetizada y producto de un acuerdo. Ser civilizado era bueno, ser incivilizado era malo. El concepto de civilización proporcionaba un criterio con el que juzgar a las sociedades, por lo que durante el siglo xix los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política en elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente ‘civilizadas’ para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos”.

tencia de los nativos a ser semejantes a las naciones occidentales desarrolladas como muestra de “incapacidad cultural” y “vicio deplorable”. Dichas naciones occidentales presumían una poderosa “cultura del ahorro” que le permitía a la economía disponer de cuantiosos recursos para ser invertidos productivamente o cultivar elevados conocimientos científicos y tecnológicos para ser aplicados a los procesos productivos —actitud impensable en el subdesarrollo—, además de tener un ideal cultural y civilizatorio individualista y modernizante, inexistente en la América Latina comunitaria y aferrada a una cultura que no corresponde a la necesaria modernidad exigida por el desarrollo.

3. EL CAPITALISMO DESTINO FINAL DE LA SOCIEDAD Y DEL DESARROLLO

Apenas concluida la Guerra fría, la configuración ideológica hegemónica comenzó a proclamar al capitalismo como el punto final del desarrollo social. Con el capitalismo, la historia había concluido: “la lógica de la ciencia natural moderna parece dictar una evolución universal en dirección al capitalismo”, como afirmaría Francis Fukuyama (1992:15). Una vez establecido éste, los cambios que ocurriesen sólo podrían mejorar las sociedades basadas en mercados autorregulados, nunca transformarlas. Pero si bien con el capitalismo la historia llega a un término, esto no significaba, aseguraba Fukuyama, que el ciclo natural de nacimiento, vida y muerte llegara también a su fin, ni que ya no fueran a ocurrir acontecimientos importantes: “Significaba, más bien, que no habría nuevos procesos en el desarrollo de los principios e instituciones subyacentes, porque todos los problemas realmente cruciales habrían sido resueltos” con el advenimiento del capitalismo y la democracia liberal (Fukuyama, 1992:13).

En este sentido, la idea generalizada entre la población, señala Perry Anderson (2004:114), propagó el mensaje de que “el capitalismo es el destino universal y permanente de la humanidad. No hay nada fuera de este destino [...] Esta jactancia fanfarrona de un capitalismo desregulado, como el mejor posible de todos

los mundos” se convirtió en la novedad ideológica del sistema hegemónico neoliberal. El desarrollo seguía cumpliendo, así, su función como categoría colonial: hacer creer a los pueblos que el capitalismo era sinónimo de desarrollo, mientras el resto del mundo era subdesarrollado y precapitalista.

4. LA COLONIALIDAD DEL DESARROLLO

Una vez clasificados nuestro países como subdesarrollados, es decir, como precapitalistas, la colonialidad se reforzó con la imposición de los poderes del centro a los pueblos de la periferia: dejar de ser como eran y emprender la vía del desarrollo seguida por las naciones más avanzadas del capitalismo; en otras palabras, se trataba de dejar de ser nosotros para asemejarnos a ellos.

Se planteó, como tarea fundamental, procurar el cambio de actitud de los pueblos subdesarrollados frente al desarrollo, condición indispensable para lograr superar las limitaciones de la sociedad tradicional y comunitaria para formar parte del mundo civilizado, moderno e individualista de Occidente. Este proceso impositivo fue singular y Frantz Fanon (1961:7) lo revela de la siguiente manera: los norteamericanos y europeos se dedicaron a “fabricar una élite indígena, se seleccionaron adolescentes, se les [marcaron] en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental [y] tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados”, convertidos en los más entusiastas propagadores de los valores y las ideas occidentales.

En efecto, convencida de las bondades de asumir la cultura occidental y al capitalismo como la organización económica para lograr el desarrollo, la nueva élite indígena se echó a cuestras de manera vehemente la tarea de promover entre su pueblo:

Los supuestos de que la modernización es deseable y necesaria, de que la cultura autóctona es incompatible con la modernización, de que dicha cultura autóctona se debe abandonar o abolir, y, por último, de que la sociedad debe occidentalizarse completamente a fin de modernizarse con éxito (Huntington, 1995:93).

Así surge el desarrollo como una especie de generosa oportunidad ofrecida por los países más desarrollados del capitalismo, tanto a las nuevas naciones que habían sido sus excolonias como a los países latinoamericanos que buscaban ávidos su emancipación definitiva.

El desarrollo mediante la industrialización se ofrecía como el ideal que permitiría a los países —que recién habían logrado su independencia política o luchaban por ella— crecer y modernizar sus patrones de producción y consumo, pero sobre todo les evitaría caer bajo los ensueños del comunismo, que cuestionaba la hegemonía de la cultura occidental y al capitalismo como la única vía del desarrollo. De esta manera, soslayando su historia de pillaje y brutal explotación colonial, las naciones más desarrolladas de Europa y Estados Unidos construyeron el mito de su idílico proceso de desarrollo basado en la industrialización, considerada como la única vía posible del crecimiento/desarrollo.

De cualquier manera, la imposición del desarrollo en América Latina no fue sencilla, pues diversos pensadores lo reconocían como una propuesta que planteaba un camino imposible de seguir a los países subdesarrollados, sobre todo si se considera que el desarrollo de Estados Unidos o de los países europeos se había dado en condiciones históricas totalmente diferentes a las que determinaban en esos momentos el subdesarrollo.

El desarrollo se vio así como un proceso histórico único e irreplicable. En palabras de Theotonio Dos Santos:

Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica, completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada basada en la explotación del comercio mundial, sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Todas esas condiciones históricamente específicas no se pueden repetir ahora (Dos Santos, 1974:11).

De acuerdo con lo anterior, y a la manera de los economistas neoclásicos y keynesianos tanto como de los intelectuales de la modernidad, se propuso la vía de crecimiento a seguir por los

países subdesarrollados. Podemos concluir, con Walter Gonçalves (2009:45), que el desarrollo —ya como categoría teórico-práctica ofrecida por las metrópolis a nuestras naciones y, por lo tanto, opción al socialismo— se construyó sistemáticamente como “una idea colonial en el sentido más preciso de la palabra”. En ningún caso se propuso un crecimiento endógeno, sustentado en el mercado, los recursos y los avances científicos y tecnológicos internos. Por el contrario, a partir de advertir que nuestros países carecían de esos “motores del crecimiento”, aunque se ocultaban cuidadosamente las razones de esas carencias, se propuso suplirlos recurriendo a los centros metropolitanos, siempre tan dispuestos a colocar sus recursos financieros excedentes en las regiones donde el capital es escaso y la fuerza de trabajo y los recursos naturales abundantes, todos sacrificados al mito de la industrialización.

De esta forma, la dimensión colonial del concepto desarrollo se refiere a la manera en que se ve el mundo de la periferia desde el balcón de los países centrales:

Es la mirada del mundo que se realiza desde el centro de la construcción imperial; es la mirada desde la cual —a partir de la naturalización del orden existente— se establece la construcción jerárquica de tiempos históricos, de pueblos, de culturas, de las llamadas razas; es la mirada que clasifica al conjunto de la humanidad en un orden jerárquico en el cual hay pueblos inferiores y pueblos superiores, pueblos que están en el presente y pueblos que están en el pasado. Construcción que, a su vez, es la expresión de la construcción jerárquica del orden colonial (Lander, 2004:170).

En todo caso, en el pensamiento metropolitano la idea del desarrollo se finca en el supuesto de que las sociedades subdesarrolladas podrían transformarse hasta llegar a ser semejantes a las naciones de Europa occidental y Norteamérica, es decir, tener como destino final el capitalismo, con lo cual:

La sociedad liberal industrial aparece como el modelo del orden social moderno y es el camino hacia el cual inexorablemente avanza la humanidad, el patrón de referencia que permite constatar la inferioridad o el atraso de los demás (Lander, 2004:171).

5. DEL DESARROLLO REGIONAL AL DESARROLLO LOCAL

A pesar de las expectativas que despertó el desarrollo económico, su ejecución en todos los países de América Latina, producida en los términos del modelo keynesiano, iba acompañada de una mayor desigualdad social y regional. Para enfrentarla, a lo largo de las tres décadas que van de 1945 a 1975, cuando el capitalismo creció impetuosamente apoyado en la intervención estatal, surgió la propuesta de elevar la calidad de vida en aquellas regiones que se rezagaron en el proceso de desarrollo.

De esta manera, el desarrollo regional surgió con el propósito explícito de reducir las desigualdades regionales de manera intencional, es decir, mediante la intervención del Estado. En todo caso, el desarrollo regional “remite a la necesidad imperiosa de orientar soluciones que terminen con las desigualdades en la sociedad y el territorio que el proceso de modernidad capitalista propició” (Ramírez, 2033:33).

Sin embargo, cuando en la década de 1970 el modelo estatista sucumbió a los embates del libre mercado y el tema del desarrollo salió de las agendas nacionales e internacionales, lo mismo le sucedió al desarrollo regional basado en la planeación económica y social en un determinado territorio y en los marcos de un proyecto nacional, para ser sustituido por el llamado “desarrollo local”.

En los años 80 del siglo xx, la globalización y la posmodernidad se convirtieron en los paradigmas que definían el momento contemporáneo. La prioridad del espacio, ahora frente a la contraposición global-local, así como las diferencias regionales, quedaron plasmadas en una nueva agenda donde el “desarrollo local”, en una economía global, se convierte en una nueva

promesa de transformación y desarrollo para aquellos territorios que no se integraron a la modernidad capitalista.

Sin embargo, para algunos investigadores, el desarrollo local basado en la cooperación y las “buenas intenciones”, más que en la lógica productiva, económica y de competencia, es una construcción que se constituye como una construcción moral en donde la localidad toma a su cargo su propio destino y futuro (Ramírez 2003:35) al margen de un proyecto nacional de desarrollo, que desaparece en aras de la integración mundial

Así el desarrollo local, se convirtió en una quimera que se adaptó a la política neoliberal, en tanto mito de modelo alternativo, sin serlo, pues somete a las regiones a los designios de la globalización y la integración subordinada. De ahí que la búsqueda de un camino alternativo para Latinoamérica, sin sujeciones ni dependencia, aún continúe.

CONCLUSIÓN

Si reconocemos que el tiempo histórico no es lineal y que no existe posibilidad histórica alguna de que nuestras sociedades alcancen por la misma vía ni con el mismo contenido el desarrollo de aquellas naciones que —de acuerdo con sus propios parámetros cuantitativos— hoy tienen los más elevados índices de desarrollo, corresponde a los pueblos de América Latina —a sus académicos e intelectuales, en estrecha relación con los trabajadores de la ciudad y el campo— construir, al tiempo de decidir superar la modalidad neoliberal del capitalismo, una teoría que reconozca en el pueblo al nuevo sujeto promotor del cambio y único usufructuario de sus resultados, una teoría que exprese nuestras realidades, recoja las formulaciones teóricas forjadas en América Latina, así como sus luchas y anhelos históricos siempre pospuestos, y ofrezca una ruta legítima, latinoamericana y descolonizada, para forjar una sociedad igualitaria, incluyente, fraterna, solidaria y democrática, tarea ardua y compleja, sin duda, pero indispensable de realizar cuanto antes.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry (2004). “La batalla de la ideas en la construcción de alternativas en la guerra contra el neoliberalismo y el neoimperialismo”, *Aportes*, año IX, núm. 25, Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, enero-abril, pp.113-126.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2007). *Panorama Social de América Latina 2006*, CEPAL-ONU (Organización de las Naciones Unidas), Santiago de Chile.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2010). *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, CEPAL-ONU, Santiago de Chile.
- Dos Santos, Theotonio (1974). *Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina*, Ediciones El Viejo Topo, Buenos Aires.
- Fanon, Frantz (1961). *Los condenados de la Tierra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Barcelona.
- Goncalves, Walter (2009). “Del desarrollo a la autonomía: la reinención de los territorios”, *Memoria*, núm. 238, México, octubre-noviembre, pp. 44-46.
- García, Antonio (1978). “Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo”, en Alonso Aguilar, Paul A. Baran, Antonio García, *et al.*, *Crítica a la teoría económica burguesa*, Editorial Nuestro Tiempo, México, pp. 214-253.
- Hayter, Teresa (1972). *Ayuda e Imperialismo*, Editorial Planeta, Barcelona.
- Huntington, Samuel P. (1995). *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Katz, Jorge (2008). *Una nueva visita al desarrollo económico*, CEPAL-ONU, Santiago de Chile.
- Lander, Edgardo (2004). “Universidad y producción de conocimiento. Reflexiones sobre la colonialidad del saber en América Latina”, en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa Elizaga (coord.), *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*, Siglo XXI Editores-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/UNAM, México, pp. 167-179.
- Lewis Arthur W. (1955) *Teoría del desarrollo económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Myrdal, Gunnar (1957). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Quijano, Aníbal (2000). “El fantasma del desarrollo en América Latina”, en Alberto Acosta(comp.), *El desarrollo en la globalización. El reto de*

- América Latina*, Nueva Sociedad, Buenos Aires, pp. 38-55.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca (2003). *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio*, Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-X, México.
- Reyes, Giovanni (2002). “Principales Teorías sobre el Desarrollo Económico y Social”, *Regiones y Desarrollo Sustentable*, año II, núm. 3, publicación semestral de El Colegio de Tlaxcala, México, diciembre, pp. 45-66.
- Rostow W. W. (1960). *Las etapas del crecimiento económico*. Un manifiesto no-comunista, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sachs Wolfgang (Coord.) (2001). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Universidad Autónoma de Sinaloa y Servicios de Edición e Información Galileo, México.